

Noche de lobos

David G. Díaz



Image not found.

Capítulo 1

NOCHE DE LOBOSEI Mitsubishi Lancer de color gris titanio avanzaba a través de la carretera irregular y cubierta de gravilla. A ambos lados, los abetos pasaban fugazmente sin apenas ser testigos de su trayecto, sólo admirando brevemente el rugir de una centella. Nadie más parecía habitar o circular por la zona agreste, dejando a la naturaleza más salvaje demostrar su dominio sobre la férrea mano destructora del hombre...

Mientras, Mario y Roberto continuaban la marcha entre conversaciones triviales y bromas varias. Mientras el primero conducía, el segundo observaba el paisaje y hacía comentarios al respecto. Su destino aún estaba a varios kilómetros de distancia y el silencio del entorno hacía las delicias de dos aficionados a la vida salvaje como ellos.

Sospechaban que la carretera en cuestión, como entonces, era lugar de escaso tránsito, y la gran mayoría de viajeros se decantaban habitualmente por caminos mejor pavimentados y de más fácil acceso; seguro que a aquella hora, la autovía era un hervidero de vehículos circulando a altas velocidades y sin el riesgo de que algún alcornoque cruzara repentinamente entre ellos y su destino. Sin embargo, entre los bloques de hormigón no serían capaces de contemplar un espectáculo natural tan bello como el que ellos estaban gozando. Sentían, en el fondo, un poco de pena por esas personas tan acostumbradas a la funcionalidad y tan ignorantes de la verdadera esencia de la vida.

El coche continuaba rugiendo entre las curvas y revueltas mientras la tarde avanzaba y la noche se adivinaba en la distancia. El gris del ocaso incipiente empezaba a dejarse sentir y los últimos rayos del sol del invierno traspasaban a duras penas y con sus últimas fuerzas a través de las copas de los árboles, dispuestos a morir justo al momento en que los guijarros que cubrían el polvo del asfalto. Entonces sucedió algo inesperado; el rugido del motor se transformó en un agónico carraspeo para, finalmente, entre estertores de muerte, devenir en un silencio absoluto, únicamente roto por el sonido siseante del humo al salir en volutas del capó. Entre gritos de maldición y blasfemias, tanto conductor como copiloto salieron del interior del coche para comprobar el alcance de la avería; una fútil decisión, pues ninguno de los dos tenía el menor conocimiento sobre cuestiones mecánicas. Comprobaron que el motor continuaba despidiendo humo en cantidad y, aunque abrieron el capó y trataron de investigar sobre el origen de lo sucedido, tras varios minutos mirando lo desconocido, se dieron por vencidos y trataron de solventar el problema por otras vías dentro del alcance de sus posibilidades. Roberto sacó su teléfono móvil del bolsillo pero tuvo que desistir de su intento, pues la batería había tocado a su fin. Mario siguió por el mismo camino: su teléfono aún vivía e intentó hacer una llamada a

la grúa; tenía su número almacenado en la memoria, pero la pantalla del aparato le mostró la ausencia total de cobertura con la cual comunicarse con los demás. Trató de moverse por la zona elevando el teléfono y poniéndolo en diversas posiciones, pero el aparato no parecía capacitado para captar la más mínima señal que le permitiera la comunicación. Estuvo tentado de estrellarlo contra el suelo ante su frustración, pero detuvo su mano antes de cometer un error que más tarde pudiera lamentar.

Se dieron cuenta de que no sabían exactamente dónde se encontraban. Miraron el mapa de carreteras que Roberto tenía en sus manos y con el cual se habían guiado hasta la fecha; sin embargo, ahora parecía como si todo rastro de aquella carretera por la que habían estado circulando durante los últimos veinte minutos se hubiera borrado como por efecto de brujería; por más que miraron ambos y estudiaron el mapa durante varios minutos, no lograron encontrar rastro de ella, ante su completa sorpresa. Roberto guardó el mapa en el bolsillo de su abrigo y se quedaron un rato sin saber exactamente qué hacer. Creían estar a varios kilómetros del lugar al cual se dirigían, pero nunca habían transitado por aquella zona la cual, además, tenía tan pocas variantes que diferenciaran un kilómetro de otro. Miraron hacia norte y sur tratando de ver alguna señal de tráfico que los diera la más mínima información, pero tan sólo veían árboles, tierra, rocas y arbustos por doquier, y en todas las direcciones parecían ser exactamente los mismos árboles, la misma tierra, las mismas rocas y los mismos arbustos, sin diferenciación alguna entre ellos. La noche empezaba a caer y la oscuridad y el frío se iban haciendo a cada momento más presentes, así que optaron por abandonar el coche a su suerte y seguir el camino que llevaban desde el principio en busca de ayuda.

Los cuervos parecían suspendidos en el aire y sus graznidos reverberaban en las escarpadas paredes de las montañas. El viento comenzaba a soplar con mayor vigor y su agudo ulular arrancaba susurros de las hojas que se mecían con cierta pereza. Mientras, Mario y Roberto avanzaban por la margen de la carretera a paso vivo y azuzados por la extraña sensación de desasosiego e intranquilidad creciente que se iba apoderando de ellos. Seguían superando árboles, contemplando un cielo que iba tomando una tonalidad índigo cada vez más oscuro, y arrebujados en sus gruesos abrigos a causa del frío gélido que comenzaba a penetrar en sus huesos. Las sombras producían extrañas formas sobre el gris asfalto, y se detectaban sospechosos movimientos entre la mirada de hierbajos y hojarasca que parecía brotar del húmedo barro convertido casi en lodo a medida que iban avanzando. Levantaron los cuellos de sus abrigos y su anterior locuacidad se fue transformando en profundo silencio mientras paseaban la vista en todas las direcciones buscando señales de humanidad y los orígenes de todas esas pequeñas muestras de hostilidad con las que la naturaleza los iba obsequiando a cada paso.

Se cercioraron de que hacía varios kilómetros que no veían una señal de tráfico o indicador. De hecho, haciendo memoria, no recordaban haber

visto una sola indicación desde que su automóvil penetrara en la carretera que discurría entre la escarpada montaña y aquel oscuro y frondoso bosque. Habían creído estar en el camino correcto por las informaciones obtenidas del mapa de carreteras que Roberto guardaba en el bolsillo de su abrigo, pero después de su anterior vistazo a dicho mapa su convencimiento se había desvanecido y vagaban errantes en busca de alguna cabaña o indicio de humanidad que los pudiera ayudar en su apurada búsqueda.

Se miraron fijamente a los ojos; en ambos rostros se reflejaba algo parecido al terror. Empero, su apoyo mutuo los hizo recobrar el estado de ánimo y retomaron el cierto camino con energías renovadas. Entre la negra que los envolvía ya por completo, creyeron divisar, unos cien metros por delante suyo, un tenue y lejano resplandor que los infundió ciertas esperanzas. El camino ahora era completamente recto, sin curvas ni recovecos, de modo que su caminar parecía discurrir por un túnel de oscuridad debido a la total ausencia de luz de luna. El cielo se encapotaba por momentos, el viento soplabá con mayor fuerza y los ruidos del follaje castigado por éstos las lejanas bestias produciendo sus siniestros aullidos, hicieron que los dos hombres aceleraran inconscientemente el paso en busca de esa suave luz salvadora que se les representó como una esperanza a la cual aferrarse. Entonces el suelo perdió la consistencia bajo sus pies y tomó la textura del limo, ante lo que bajaron la vista sin ser capaces de ver lo que había cambiado por obra de la total y completa ausencia de luz.

Sin embargo, y con ciertas dificultades debido a la pegajosa sensación producida por el cielo, lograron seguir avanzando hasta que, de pronto, los árboles que los habían acompañado a lo largo de todo su deambular desaparecieron por completo dejando a su derecha una extensión de terreno yermo y embarrado y, procedente de un punto elevado en medio de éste, a una distancia indeterminada, una tenue claridad cetrina, como un punto de luz, que destacaba cual faro sobre las profundas tinieblas circundantes. Mario y Roberto se volvieron a mirar y decidieron, por mutuo acuerdo, tomar este nuevo camino, ya que tal vez la luz proviniera de alguna cabaña habitada en la cual encontrarla ayuda tan ansiada.

Guiaron, pues, sus pasos en esta nueva dirección, avanzando con cierta lentitud pese a sus ansias por ganar aquel cada vez más cercano y nítido resplandor. Mientras lo hacían, un contorno aun más oscuro que la propia negra de la noche se fue recortando en el horizonte, revelando la forma de una mole grande gobernada por un ojo brillante en su parte superior. Más cerca de ella, Mario y Roberto pudieron constatar que se trataba de una cabaña de dos pisos con fachada de piedra desnuda e irregular y un par de pequeñas ventanas a poca altura sobre el suelo, y, en el piso superior y desde detrás de una ventana, relucía la amarillenta tonalidad de una luz cálida, al parecer procedente de una vela o algún tipo de farolillo de gas a juzgar por cómo la luz jugaba con las sombras, acrecentando y

disminuyendo alternativamente la potencia de su intensidad.

Justo al lado de la ventana iluminada, había un pequeño balcón con gruesas vigas demadera de roble que permanecía en completa penumbra. Los dos hombres sonrieron en la lobreguez de la noche, conscientes de que tras las paredes de aquella cabaña podría encontrarse la solución a sus problemas.

Una vez ante la puerta de entrada, hablaron entre sí y acordaron pedir hacer un llamada para avisar a la grúa y que ésta recogiera su vehículo averiado. También determinaron pedir información sobre el lugar en el que se encontraban y, en caso de resultar completamente necesario, alojamiento para pasar la noche a resguardo, pagando la cantidad que el o los dueños de la cabaña considerasen oportuna. Encararon la puerta de madera y, tras descubrir que no había un interruptor que sirviera para llamar, Mario asió la aldaba de hierro negro que colgaba de ella y dio un par de golpes secos que retumbaron con fuerza produciendo extraños ecos en la oscuridad.

Nadie acudió a la llamada en un primer instante. Pasados cerca de treinta segundos, Mario volvió a intentarlo con mayor vigor e intensidad. Tras varios segundos más de espera, y con un chirriante sonido de bisagras castigadas por una aparente falta de uso, la puerta se abrió lentamente hacia el interior y apareció en el umbral una figura pequeña y desgarrada perteneciente a una mujer de edad muy avanzada. Ésta se quedó mirando a los dos hombres desde la infinita profundidad de sus pequeños ojos negro hundidos en las cuencas y sin decir absolutamente nada. Vestía un traje a juego con el color de sus ojos y calzaba unas pequeñas alpargatas de suela fina del mismo tono.

Decoraba su cabeza una pañoleta también azabache bajo la que asomaban unos ralos mechones de pelo canoso, y sus manos unos mitones de punto acorde con el resto de su atuendo. Su rostro era un pergamino cubierto de cientos de surcos y zanjias en forma de arrugas, el color de su piel atezado por el duro trabajo al sol y sus facciones parecían contraídas por un dolor intenso. Su boca se hundía por la ausencia de piezas dentales y su nariz fina, larga y aguileña destacaba sobremanera en una cabeza de tan escaso tamaño. Detrás de ella, el interior de la cabaña estaba en total oscuridad y calma. La mujer permanecía en un obstinado silencio que no parecía dispuesta a romper con facilidad.

Roberto se decidió a hablar, ante la escrutadora mirada de la silenciosa anciana.

– Buenas noches, señora. Verá, hemos tenido un problema con el coche y buscamos ayuda. ¿Nos dejaría usar su teléfono para llamar a la grúa?

Sería sólo una simple llamada. Nos haría un gran favor.

La anciana se quedó observando el rostro de Roberto como si no comprendiera lo que la acababan de decir. Seguía empeñada en no abrir la boca ni contestar a la petición que se la había formulado. Tras preguntarse si la anciana no entendería el idioma en que la hablaban, volvieron a intentarlo, esta vez Mario.

–Mire, señora, se nos ha averiado el coche a un par de kilómetros de aquí aproximadamente y no conocemos este lugar. ¿Nos dejaría llamar por teléfono a una grúa para que lo recogiera? ¿Hay algún taller cerca de aquí? La mujer, mirando alternativamente a ambos, negó lentamente con la cabeza.

Finalmente sus labios se despegaron y de ellos brotó la siguiente respuesta: –No sé de qué me hablan. No hay de eso por aquí.

Mario y Roberto se miraron con cara de asombro y decepción. O no habían comprendido bien, o esa mujer los acababa de decir que no tenía teléfono en casa.

–Señora, ¿me está diciendo que no tiene teléfono en casa? –preguntó Mario con sorpresa.

–Eso es. No hay –respondió la anciana con súbita firmeza en la voz.

Mario echó un vistazo a su propio teléfono y comprobó que continuaba sin tener cobertura. El lugar debía estar realmente apartado de la civilización, lo que explicaba el que en la cabaña no hubiera teléfono, por mucho que costara creer algo así en pleno siglo XXI. Deberían tomar otras medidas si querían sacar algo en limpio de aquella mujer tan parca en palabras.

–¿Y no podría darnos alguna indicación? –preguntó Roberto-. ¿Sabe quién podría arreglarnos el coche o acercarnos a algún lugar en el que poder hacer una llamada? –No hay nadie por aquí –fue la lacónica respuesta de la anciana.

–¿Podría indicarnos al menos dónde nos encontramos? –insistió Roberto con impaciencia. A la sazón, extrajo el mapa del bolsillo de su abrigo y lo extendió, mostrándoselo a la mujer.

La anciana miró hacia el plano desplegado durante un solo instante y volvió a levantar la vista hacia Roberto con gesto displicente. La profundidad de esos ojos hundidos y la fría indiferencia que de ellos emanaba recorrió el espinazo del hombre como si una gélida mano se hubiera posado sobre su espalda desnuda.

–No entiendo lo que pone ahí –dijo con voz cavernosa la mujer.

–Genial –exclamó Mario con deje de sorna–. No sabe leer. Parece que hoy estamos de suerte.

La anciana, lejos de inmutarse ante el comentario, posó la mirada en este último y tomó, por primera vez desde que abriera la puerta de la cabaña, la iniciativa de la conversación.

–Si quieren, pueden pasar a resguardarse del frío. No van a encontrar por aquí cerca ningún lugar donde poder quedarse a descansar.

Ante este cambio súbito de actitud, Mario y Roberto se miraron sorprendidos y sin comprender exactamente a qué se debía tal variación. Supusieron que la anciana era una persona tímida y suspicaz a la que no le gustaba tratar de primeras con desconocidos. Lo cierto es que este razonamiento tenía su lógica: no debe resultar sencillo de aceptar ni digno de confianza el que dos extraños se presenten delante de tu puerta en una noche ventosa y particularmente oscura esgrimiendo como excusa una avería en el coche, el más fácil, poco imaginativo y plausible de todos los posibles pretextos a inventar. Resultaría sospechoso para cualquiera, y más aun para una débil, inerme y vulnerable anciana perdida en medio de la nada y, en apariencia, con nadie a quien recurrir en caso de que los visitantes tuvieran intenciones doloosas.

Cuando se quisieron dar cuenta, vieron que la anciana ya no se encontraba delante de ellos, sino que los había franqueado la entrada y se había adentrado en las profundidades tenebrosas de la cabaña. Con paso dubitativo, los dos hombres penetraron en el interior con el máximo cuidado puesto en no tropezar con ninguna parte del mobiliario de la estancia. De repente se hizo un breve resplandor que iluminó tenuemente la pieza; pudieron ver cómo la anciana tenía entre sus manos una pequeña lámpara de queroseno que brillaba con suavidad, arrancando tonalidades anaranjadas de las frías paredes pétreas. La mujer apoyó ésta sobre una mesa de madera en el centro de la habitación e invitó a los dos hombres a tomar asiento en un rústico sofá delante de dicha mesa. A la difusa luz de la lámpara, Mario y Roberto pudieron admirar el interior de la cabaña: aparte de la mesa ya mencionada y el sofá en el cual estaban convidados a descansar, la gran estancia, la cual abarcaba toda la primera planta de la cabaña, estaba compuesta por paredes de piedra, al igual que en la fachada exterior, y un techo alto soportado por gruesas vigas de madera de roble. A la derecha del sofá, y dominando toda la habitación, destacaba una gran chimenea con restos de ascuas aún entre la leña y con una repisa decorada con un pequeño reloj de sobremesa realizado en madera y varios tarros rodeándolo con la loza exterior pintada y tapones de corcho escondiendo su equívoco contenido. Sobre la repisa, gobernaba la pared un cráneo de ciervo de imponentes astas señalando enhiestas a la lejana techumbre y produciendo siniestras sombras, las cuales se perdían

en las gruesas vigas del techo, a lo largo de todo el muro.

En un rincón alejado se podía ver un horno de piedra de buen tamaño, y a su lado un cubo metálico lleno de madera cortada y un atizador para avivar el fuego de lachimenea. Justo al lado de la puerta por la que acababan de entrar había situado un perchero de madera del que ninguna prenda colgaba y, a su lado, debajo de una ventana orientada al exterior, una mesa también realizada en madera con varios cajones y tiradores de hierro negro. La parte izquierda de la estancia estaba compuesta por una escalera angosta y también de roble, con un pasamanos grueso de idéntico material, que se perdía en la oscuridad del piso superior. El conjunto resultaba austero y, por la apariencia tanto de muebles como de objetos de menaje, construido por la mano de un hábil aficionado o artesano. La anciana volvió a indicar con su mano a sus invitados que tomaran asiento mientras ella hacía lo propio en una mecedora que colocó con cierta dificultad enfrente del sofá, al lado opuesto de la mesa que desde ese instante se convirtió en una pequeña muralla que separaba a la, a todas luces, rústica mujer de los urbanitas hombres que tenía enfrente.

Tras unos instantes de silencio casi absoluto, únicamente interrumpido por el silbido del viento procedente del exterior, y tras comprobar que los modales de la anciana en cuanto a hospitalidad se refiere no incluían el ofrecimiento por su parte de un refrigerio para con sus invitados, Mario, un tanto inhibido por la incómoda situación, decidió ser cortés y agradecido y saciar su curiosidad con una pregunta casi de rigor en aquella situación.

– Bueno, gracias por su hospitalidad; creíamos que si hubiéramos tenido que pernoctar ahí fuera habríamos sido pasto de los lobos. Por cierto, ¿vive usted sola en esta cabaña? ¿No está casada, ni tiene hijos o nietos que la hagan compañía? Una sombra oscureció momentáneamente el rostro, por otra parte bastante inexpresivo, de la anciana. Tan sólo un fulgor extraño brilló en sus pequeños ojos que delata la inconveniencia de la pregunta que la habían formulado. Respondió con su voz estridente, aunque con un tono algo más severo de lo habitual.

– Sí, vivo sola. Habitamos esta cabaña mi marido y yo hace muchos años, tanto que parece que hiciera una eternidad de aquello. Él la construyó con sus propias manos, y también todo lo que pueden ver aquí dentro, cada mueble, cada objeto. Tenía unas manos prodigiosas para construir cosas... Mi pobre marido...

Por unos instantes, la mujer pareció perderse en los recuerdos, evocando otra época en la que la juventud y la felicidad había llamado a su puerta y habitado con ellos durante plácidos años. Parecía dispuesta a seguir contando su historia, pero el pasado había borrado su presente momentáneamente y no la permitía enlazar sus recuerdos consu

capacidad de oratoria.

10ario, tras ver que la mujer no reaccionaba y continuaba con su particular recorrido por el mundo de las memorias, decidió cambiar de tema para no entrar en detalles escabrosos o demasiado personales.

–Por cierto, ¿no tiene electricidad? Veo que usa lámparas de gas, y tampoco veo ningún aparato electrónico por aquí...

–Murió –dijo de pronto la anciana con tono lúgubre–. Ya no tenía edad para aquello... Aunque lo hubiera hecho mil veces antes. ¿Ven aquella cabeza de ciervo encima de la chimenea? Lo capturó él. Era cazador, un gran cazador. Pero aquella noche...

Mario y Roberto se miraron inquietos. La mujer parecía estar en una especie de trance y sospechaban que iban a ser testigos de una historia con un final poco agradable.

Sin embargo, no fueron capaces de decir una sola palabra ni interrumpir el curso de los pensamientos de la mujer, la cual continuó con su soliloquio al margen del improvisado auditorio que observaba con incomodidad el desarrollo de los acontecimientos.

–Ocurrió de noche, una particularmente oscura. Yo estaba en esta planta, sentada en esta misma mecedora como lo estoy en estos momentos, entretenida con la aguja de coser y el hilo, reparando los estragos del duro invierno y las cacerías en las ropas de mi esposo. Él se encontraba en la planta superior, supongo que limpiando surifle de caza o haciendo cosas propias de hombres, fueran estas cuales fuesen. De pronto, alguien llamó a la puerta. Como de costumbre, fui yo la que se levantó a averiguar quién se encontraba al otro lado de la puerta a esa hora de la noche.

Realmente era un suceso extraño, porque por estas tierras no suele pasar casi nadie, y menos aún que se detenga a llamar a la puerta de una cabaña a horas tan avanzadas.

En cualquier caso, al abrir me topé con dos hombres de unos cuarenta años que me dijeron que se les había estropeado un carro o algo así y querían hablar con alguien para repararlo... –Mario y Roberto se miraron sorprendidos ante la coincidencia tan perfecta entre su situación actual y la que estaba narrando la anciana–. Yo no sabía con quién querían hablar ni cómo; les dije que en la casa sólo estábamos mi esposo y yo y que no había nadie más que habitara en la zona.

»De todas formas, los hice pasar y les dije que se sentaran en el sofá mientras yo hablaba con mi esposo; él era bueno con sus manos y a lo mejor era capaz de arreglar su carro estropeado. Ellos me explicaron que

no era un carro, sino un... ¿cómo lo llamaron?...

–Coche, señora –aclaró Roberto ya sin sorprenderse demasiado, visto lo visto, de que la mujer desconociera la existencia de los vehículos impulsados por motor.

–Sí, creo que así lo llamaron, aunque no iba tirado por caballos ni asnos.

Mientras los dos hombres me hablaban, del bosque llegó una serie de aullidos lastimeros, como de una manada de lobos, a no demasiada distancia de la cabaña. A veces los lobos se acercan por aquí, sobre todo cuando están hambrientos y los alimentos escasean en los alrededores de sus guaridas...

Entonces, como transportado por el fuerte viento que ululaba cervicalmente en el exterior, les llegaron a los oídos lo que les parecieron unos tristísimos, a la vez que muy cercanos, aullidos de lobos. Tanto a Mario como a Roberto se les erizaron los cabellos al comprobar, tras una somera mirada al rostro de su compañero, que estos aullidos no habían sido provocados por la sugestión a la que se veían sometidas sus mentes gracias al relato narrado por la anciana, sino que habían sido reales y los oídos de ambos los habían captado con igual nitidez. La mujer, por su parte, continuó con la narración de la historia como si a sus oídos no hubiera llegado ninguna señal alarmante.

–Recuerdo cómo a aquellos dos hombres se les mudó el rostro de repente; el temor asomó a sus ojos y se miraron preguntándose si lo que habían oído desde las profundidades del bosque había sido real o una simple ilusión. A mí no me preguntaron nada, pero yo sabía que era real –sus ojos hundidos parecieron arder por un instante–.

Entonces, en el piso superior se empezaron a oír movimientos. Mi esposo era cazador, como les he dicho antes, y era seguro, como había ocurrido en otras ocasiones, que estaba preparando su rifle para salir afuera y abatir a los lobos que trataran de acercarse demasiado a la cabaña. Era un gran hombre, siempre pendiente de proteger a los suyos...

En ese mismo instante, desde la soledad del piso superior les llegó el sonido de chasquidos en la madera, como si alguien se estuviera desplazando por el suelo, y una especie de apagados ruidos metálicos. Sabían, porque la anciana se lo había confirmado, que vivía sola y, por lo tanto, los tres estaban solos en el piso inferior de la cabaña. Tal vez la estructura asentándose, algo típico en una casa antigua y de esas características, fuera una posible explicación a esos sonidos que sus oídos acababan de captar; sin embargo, parecía haber algo más, y no pudieron evitar que un escalofrío los recorriera el cuerpo.

–El sonido de los lobos resonaba cada vez más cercano, mientras dentro de la cabaña permanecíamos en silencio, escuchando... Yo traté de calmar los nervios alterados de los dos hombres hablando de otros temas que los distrajesen de la cercanía de los lobos y el horror que veía reflejado en sus caras. Entonces oímos cómo por las escaleras descendían unos pasos a gran velocidad. Nuestros invitados estaban de espaldas y no pudieron verlo, pero yo vi a mi valiente esposo con el rifle al hombro y dispuesto a entrar en batalla con aquellos malditos lobos –su rostro se encendió de pronto con un inmenso orgullo–. Sin decir ni una sola palabra, agarró el picaporte de la puerta y, con un fuerte portazo, se perdió en la oscuridad del exterior.

Precisamente en el exterior, se comenzaron a escuchar pisadas y jadeos cercanos, 13 movimientos entre las sombras de la noche. De pronto, la escalera que ascendía al piso superior comenzó a crujir bajo el peso de lo que parecían unos pasos apresurados e, inopinadamente, y con una fuerza extraordinaria, la puerta principal de la cabaña se abrió con fenomenal estruendo, en apariencia impulsada por la potencia del viento, de tal modo que golpeó contra la pared y, por la propia inercia de su fuerza, se volvió a cerrar con un fortísimo portazo. Mario y Roberto se volvieron ante los ruidos de los que acababan de ser testigos, pero no pudieron ver ente que los produjera. El estado de sus nervios se hallaba próximo a un paroxismo de terror, y se encontraban en ese punto de ánimo en el que no sabían con certeza si sería mejor salir huyendo o quedarse postrados ante la inminencia del peligro. Todo lo que estaba ocurriendo resultaba demasiado extraño, coincidente y aterrador. Sin embargo, en ese instante, la anciana retomó la palabra.

–Entonces se produjo un nuevo silencio, pero esta vez más intenso, como gélido.

Todo pareció, durante unos pocos segundos, completamente quieto, como si el mundo se hubiera detenido. De repente se escuchó una detonación en medio de aquel ominoso silencio, acompañado de una especie de gemido perruno. Después se escuchó otra, y otra más, y jadeos, y lamentos, y gruñidos que helaban el alma, y movimientos frenéticos de patas correteando y saltando, y más aullidos. Los lobos parecían estar rabiosos, muy hambrientos y dispuestos a vender cara su piel. La cabaña debía estar rodeada de ellos, seguramente se trataba de una manada grande. Mi esposo disparaba y maldecía, luchando denodadamente contra aquellas terribles fieras. Recuerdo cómo, por aquella misma ventana, asomaron unos ojos amarillos en la oscuridad, malvados, desesperados...

En el exterior, ahogado por el viento, sonó de pronto una especie de estallido, como una pequeña explosión. A ésta le siguieron dos más, mientras una batiburrillo de 14 ruidos entremezclados de lucha y movimiento, jadeos y gruñidos atacaron la quietud de la noche. Mario y Roberto se quedaron completamente pálidos y como fuera de sí mismos,

paseando la mirada frenéticamente por la habitación y dirigiéndola finalmente a una de las pequeñas ventanas, tras la cual atisbaron momentáneamente, como una aparición espectral, el brillo de dos puntos de un amarillo intenso con una promesa de maldad implícita impresa en ellos. Ante esta visión, dieron un respingo en el sofá y se pusieron en pie.

–Entonces dejaron de oírse los disparos –dijo la anciana con voz quejumbrosa y completamente ajena al comportamiento de sus invitados–. Tan sólo se oía el rugido del viento. Los dos hombres que estaban conmigo en el salón se habían levantado del sofá y miraban con auténtico terror a través de una de las ventanas, concretamente por la que yo acababa de vislumbrar esos ponzoñosos ojos amarillos. Sentí miedo por mi esposo; nunca antes había visto a los lobos con tanta fiereza, y ese repentino silencio me encogía el corazón, temiendo que le hubiera sucedido alguna catástrofe. De pronto pasó algo... En medio de ese horrible silencio, un golpe retumbó en la puerta de entrada y se hizo eco reverberando por toda la cabaña. Tras unos segundos de tensa espera, un nuevo golpe, como de llamada, resonó agónicamente en la puerta y se extendió en todas las direcciones a través del salón, helándonos la sangre a las tres personas que en aquel momento habitábamos la cabaña.

En el silencio de la noche, alguien llamó a la puerta. No era un golpe de aldaba, sino que parecía producido por el golpeo de un puño. A Mario y Roberto les dio un vuelco el corazón. El terror que sentían les impedía mover cualquiera de sus miembros y se quedaron completamente petrificados a la espera de... Un segundo golpe en la puerta, unos segundos más tarde, que con aire funesto rebotó de forma antinatural en las paredes, como si fuera mensajero de funebres noticias. El horror los tenía fuera de sí, incapaces incluso para razonar.

–Entonces me dirigí hacia la puerta –y la anciana, ante el terror de sus invitados, se levantó de la mecedora y se dirigió hacia aquella–. Quizá sea mi esposo, que necesita ayuda –la mujer parecía presa de un profundo trance–. Mi pobre esposo, atacado por los lobos. Seguro que necesita socorro, que le cure esas horribles heridas... –y continuaba acercándose a la puerta, con los ojos en blanco, adelantando los brazos para asir con su mano el pomo. El tono lastimero de su voz ponía los pelos de punta, y Mario y Roberto se sentían desfallecer de pavor–. Arrastrándose por el suelo, el rostro cubierto de sangre, la expresión de horror en sus ojos desmesuradamente abiertos, pidiendo clemencia con los dedos de sus manos crispados y suplicando un poco de piedad...

La anciana giró el pomo de la puerta y la abrió. Una violenta corriente de aire glacial penetró silbando en la estancia e hizo estremecer a los dos hombres, que desde la posición en la que se encontraban podían ver parte del exterior y el perfil de la mujer.

Ésta bajó la mirada hacia un punto cercano al suelo y contrajo sus facciones en una mueca de profunda angustia. Mario y Roberto vieron en el suelo, tumbado en una postura de total crispación, la figura de un hombre de edad incierta con el rostro cubierto de mordeduras, heridas abiertas y coágulos de sangre, la cual manaba de las laceraciones en abundancia. El hombre, descompuesto por el dolor y el terror, pedía auxilio de forma desesperada sin poder articular palabra, con el brazo derecho levantado y la mano, a la cual le faltaba alguna falange, retorcida a causa de la rigidez producida por el insostenible sufrimiento. De pronto, y ante la atónita mirada de la anciana, una sombra de pelaje plateado emergió de detrás del hombre y, surcando el aire como una saeta, fue a clavar sus colmillos afilados como dagas en la garganta de la mujer, la cual cayó de espaldas al suelo mientras el brutal animal la desgarraba el cuello y un torrente de cinabrio se elevaba en el aire y comenzaba a extenderse por la superficie del suelo.

Una vez terminada la caza, el animal, dejando el cuerpo yerto y sin vida de la anciana sumido en espantosas convulsiones, se volvió hacia Mario y Roberto, los cuales, paralizados por una sensación superior a cualquier terror imaginable, lo miraban con los ojos cubiertos por el pánico más ominoso. De las fauces del enorme lobo colgaban aún jirones de carne humana, y esos ojos amarillos, siniestros, que los observaban con esa ferocidad hipnotizante... El animal se acercó un par de pasos más, despacio, oliendo su miedo, disfrutando con la sensación de tener acorralada a su presa.

De pronto, lo vieron; sus patas se flexionaron para coger impulso, agachó la cabeza mirando de soslayo a sus víctimas, abrió su boca mostrando sus terribles colmillos dispuestos a triturar y se abalanzó como un rayo sobre ellos...

Después oscuridad y silencio...

***** Cuando despertaron era de mañana. El sol resplandecía por encima de unas leves nubes de algodónosa textura en el marco de un cielo de límpido azul. Estaban tumbados sobre un suelo de madera por el que penetraban algunos tímidos hierbajos, los cuales habían ganado la batalla a la mano constructora del hombre. Los rodeaban los muros medio derruidos de lo que debió ser, tiempo atrás, una cabaña construida en piedra. De ésta, tan sólo quedaban vestigios de muebles, de una gran chimenea en uno de los muros que habían sobrevivido al paso del tiempo y un balaustre correspondiente a una escalera recta de madera casi podrida en la pared opuesta a la chimenea.

Cuando abrieron los ojos, y después de haber echado un rápido vistazo a su alrededor, Mario y Roberto se miraron sin comprender, como si se hubieran despertado una larga y terriblemente vívida pesadilla. Se palparon los cuerpos y comprobaron que estaban ilesos. Tampoco había

cadáveres, ni rastro alguno de sangre o lucha.

Trataron de encontrar las palabras, de preguntar al otro qué es lo que había ocurrido aquella extraña y horrible noche, pero les fallaban las fuerzas y su capacidad de entendimiento se negaba a abordar un tema tan complicado como aquel. Una sola mirada, un simple gesto de complicidad, les sirvió para cerciorarse mutuamente de que lo que había sucedido aquella noche no había sido un mal sueño, sino una vivencia compartida de imposible explicación.

Se levantaron aliviados de encontrarse entre los vivos. Aún consternados por todo lo acaecido, se dirigieron en completo silencio hacia el lugar en el cual habían dejado el coche averiado la noche anterior. Al llegar a éste se montaron y, al introducir Mario la llave en el contacto, el motor del coche arrancó sin dificultad con un suave ronroneo. Roberto sacó el mapa de su chaqueta y comprobó que las señalizaciones e indicaciones volvían a estar impresas en el papel con total precisión. Se volvieron a mirar, pero no pronunciaron ni una sola palabra. Mario pisó el acelerador y enfilaron el camino que los alejara de aquel extraño lugar.